

EARTH'S EARLIEST AGES

LAS PRIMERAS ERAS DE LA TIERRA



G. H. PEMBER

Traducido por RMC

Nota del Traductor:

La presente traducción es para uso exclusivamente personal y en ningún momento para fines comerciales.

*Ha sido realizada directamente del original inglés
Earth's Earliest ages (Edición 1884)*

*Esta traducción contiene los capítulos del 1 al 10.
Les agradeceríamos hicieran un uso responsable de ella.*

R. Martínez C.

www.laiglesiaenmalaga.es

Capítulo VII

El juicio y la sentencia

La naturaleza de la cubierta de gloria que nuestros primeros padres perdieron

El pecado fue cometido irrevocablemente: el Tentador había triunfado. Pero, ¿qué hay de la afirmación: “*Serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*”? Desgraciadamente, en efecto, había demostrado ser cierta; pero de una manera que difería ampliamente de las expectativas de Eva. Porque en la impetuosidad de su orgullo no se había detenido a reflexionar que el conocimiento de Dios debe estar lleno de peligros destructivos para aquellos que no tienen ni la sabiduría ni el poder de Dios. Sus ojos y los de su marido fueron abiertos; pero sólo para verse a sí mismos, para contemplar su propia triste condición de desnudez y vergüenza. De repente se dieron cuenta de la vileza de esa carne que había sido el medio de su transgresión; estaban desconcertados por el doloroso sentido de una caída de la eminencia en la que Dios los había puesto, de su parecido con las bestias que los rodeaban, es más, de su incompetencia para ser vistos.

Y estos sentimientos parecen haberse intensificado en gran medida por un cambio instantáneo y visible en su apariencia exterior. Porque mientras permanecieron en obediencia, el espíritu que Dios había soplado en ellos retuvo todo su poder y vigor. Su influencia penetrante defendía todo su ser de las incursiones de la corrupción y la muerte; mientras que al mismo tiempo su resplandor, que brillaba a través de la cubierta de carne, arrojaba una aureola brillante a su alrededor; de tal manera que el elemento más grosero de sus cuerpos se ocultaba dentro de un velo de gloria radiante. (Compárese la descripción de Dios en el Salmo 104:2: “*El que se cubre de luz como de vestidura*”). Y así, como gobernantes de la creación, se distinguieron notablemente de todas las criaturas que estaban colocadas debajo de ellos.

Pero su pecado sólo fue posible por una coalición de alma y cuerpo que destruyó el equilibrio de su ser. El espíritu avasallado fue reducido a la condición de prisionero impotente y casi silencioso; y, en consecuencia, su luz se desvaneció y desapareció. Su influencia había desaparecido; ya no

podía ni preservar sus cuerpos de la descomposición, ni revestirlos de su gloria como una vestidura. La amenaza de Dios era un hecho consumado; el reino de muerte había comenzado.

En la venida de Cristo los hijos de Dios serán manifestados por la restauración de la cubierta perdida

Tampoco es difícil probar que el resultado instantáneo de la restauración del alma y cuerpo espiritual al orden y la armonía perfectos será la recuperación de una gloria visible, lo cual será el signo de nuestra manifestación como hijos de Dios. Pero entonces brillará con un resplandor mucho más intenso que el de Adán; porque, como hemos visto antes, el cuerpo del hombre no caído no era un cuerpo espiritual. El espíritu ejerció una influencia poderosa y vigorosa, pero el alma era el poder gobernante, tal como lo sigue siendo: porque el primer hombre llegó a ser un alma viviente (1 Co. 15:45). Pero cuando la resurrección, o el cambio consecuente al regreso de nuestro Señor, tenga lugar, nuestros cuerpos se volverán espirituales (1 Co. 15:44): la concienciación de Dios será suprema en nosotros, manteniendo el alma y el cuerpo en control absoluto, y derramando todo el poder de su gloria sin obstáculos ni impedimentos.

Así, pues, al hablar de aquel tiempo Daniel dice: *“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”* (Dan. 12:3). Así también el Señor mismo declara: *“Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre”* (Mt. 13:43).

Y una vez más, tanto Juan como Pablo nos dicen que, cuando seamos llamados a la presencia del Señor Jesús, seremos como Él, que Él cambiará el cuerpo de nuestra humillación a la semejanza del cuerpo de Su gloria (1 Juan 3:2; Fil. 3:21). No ignoramos la naturaleza del cuerpo de Su gloria; pues en el monte de la transfiguración permitió que los tres escogidos contemplaran al Hijo del Hombre tal como aparecerá cuando venga en Su reino. Entonces Su Espíritu, siempre contenido y escondido durante Su estadía terrenal, fue súbitamente liberado, y en un instante toda Su persona resplandeció con esplendor; de tal manera que Su rostro resplandeció como el sol, y Sus vestidos blancos como la luz (Mt. 17:2).

Intento de Adán y Eva de proveerse de una cubierta por medios artificiales

El hombre y su esposa estaban avergonzados; y ese hecho era el único rayo de esperanza en su horizonte. Porque si hubieran estado muertos

(insensibles) a la vergüenza de la culpabilidad, no habrían diferido en nada de los espíritus malignos; su salvación habría sido imposible. Pero la existencia de este sentimiento mostró que la conciencia de Dios dentro de ellos, aunque abrumada, no se había extinguido del todo. El fuego se había atenuado, pero el pábilo seguía humeando, y aún podía ser avivado en llamas de nuevo por el Espíritu de Dios.

Desconcertados por su condición alterada, inmediatamente trataron de suplir la cubierta perdida de forma artificial, tal como sus descendientes lo han estado haciendo desde entonces. Porque toda criatura viviente, ya sea de la tierra, del aire o del mar, tiene su propia cubierta, no desde fuera, sino que se desarrolla naturalmente desde dentro; sólo el hombre es el único desposeído y obligado a recurrir a ayudas artificiales, porque por el pecado ha perdido su poder natural de desprender una vestidura de luz tan gloriosa. Y así podemos ver por qué nuestro Señor prefirió el manto del humilde lirio a toda la magnificencia de Salomón (Mt. 6:29). Porque el espléndido conjunto del rey israelita no eran de él mismo (propios), sino vestido desde el exterior; mientras que la belleza del lirio se desarrolla desde dentro, y es el simple resultado de su crecimiento natural.

La inquisición

Apenas la pareja caída había arreglado sus miserables vestiduras cuando escucharon la voz del Señor Dios, esa voz que hasta entonces había sido su mayor gozo. Pero ¡cuán diferente parecía ahora, aunque sus tonos aún no se habían alterado! Huyeron aterrorizados a los arbustos del jardín, y se esforzaron por esconderse. ¡Intento vano! Mientras cometemos pecado, podemos, tal vez, tengamos éxito en desechar todo pensamiento de Dios, y persuadirnos a nosotros mismos que, debido a que lo hemos olvidado, por lo tanto Él no nos ve ni nos mira. Pero cuando Él aparece para el juicio, esta ilusión ya no es posible; no hay escapatoria; ni siquiera puede haber demora; debemos, aunque no estemos preparados, encontrarnos con Él cara a cara. Cuando Dios le llama, Adán se ve forzado a abandonar su escondite. Con pasos temblorosos se arrastra a la presencia de su Hacedor, y primero se ve obligado a reconocer que había huido por vergüenza, y luego que la vergüenza surgió de su transgresión del único mandamiento impuesto sobre él. Pero su confesión no es franca, y da una prueba miserable de su condición caída, de la pérdida de toda la realeza de su naturaleza original, en su intento de culpar a su esposa, incluso de censurar a Dios mismo. “*La mujer*”, dice, “*que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí*”.

Cuando el Señor se dirige a ella, la respuesta de Eva tampoco es más satisfactoria que la de su marido. Porque ella no se declara culpable y se entrega a la misericordia de Dios; sino que pone toda la culpa sobre la serpiente, como si no fuera un agente responsable.

El juicio de la serpiente, y la maldición sobre todo el ganado

El Señor oye lo que los dos culpables tienen que decir, y pacientemente les da toda oportunidad de defenderse: pero cuando se vuelve a la serpiente su comportamiento cambia. No le hace preguntas al Tentador, no le da ninguna posibilidad de defensa; sino que, tratándolo como ya condenado, pronuncia inmediatamente la sentencia. ¡Qué profundos pensamientos son sugeridos por este cambio de procedimiento; qué temibles antecedentes de rebelión parecen flotar como espectros en la oscuridad de este juicio instantáneo y desesperado!

“*Por cuanto esto hiciste*” (v. 14). No hay que equivocarse en cuanto a la razón de la maldición: no se trata de un accidente, ni de una simple desgracia natural, sino de la marca profundamente ardiente que atestigua el aborrecimiento de Dios hacia aquel que trajo el pecado al nuevo mundo. La primera parte de la frase tiene una referencia inmediata y literal a la serpiente que cooperó con Satanás; pero hay en ella un tipo impresionante de la degradación del mismo Hijo de la Mañana.

Las palabras “*maldita serás entre todo el ganado*”¹ parecen implicar una maldición general sobre el reino animal que no se menciona en ninguna otra parte. Posiblemente cayó sobre esa parte de la creación, no por el pecado de Adán, sino porque la serpiente, la cabeza y representante de las bestias del campo, se rindió como un instrumento del mal. Y que la maldición se extienda así a cada animal no es más sorprendente que la transmisión del pecado a través de Adán a toda la raza humana. La causa del hecho en ambos casos no nos ha sido revelada: el secreto es una de esas cosas profundas que no podemos saber ahora, pero que podremos entender más adelante cuando el misterio de Dios sea consumado.

Ciertamente, sin embargo, hay un extraño lazo que conecta a las criaturas de nuestro mundo, de modo que todas son misteriosamente afectadas por, y en cierta medida responsables de, la conducta de cada una. Esta parece ser una gran ley de la creación, y tal vez esté pensada, al menos en parte, como un medio para preservar la unidad. En todo caso, Pablo, al tratar de su aplicación a la iglesia, lo plantea como objeto “*para que no haya*

¹ N. del T. “*Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo...*” (Gen. 3:14 RV60)

desavenencia (lit. división) *en el cuerpo*” (1 Co. 12:25). Y cuán bienvenido será su cumplimiento cuando, así como hemos nacido en pecado por la transgresión de Adán, todos seamos hechos justicia de Dios en Cristo.

La forma original de la serpiente fue completamente cambiada por la maldición

De la primera cláusula de la sentencia sobre la serpiente se desprende claramente que la criatura no se arrastró originalmente sobre su vientre. Su estructura, por lo tanto, debe haber sido completamente cambiada, y alguien que no está sesgado por ningún deseo de probar la inspiración de las Escrituras, dice:

“Estamos de acuerdo en que el organismo de las serpientes es de extrema degradación; sus cuerpos son alargados por las meras repeticiones vegetativas de las vértebras; como los gusanos, avanzan sólo por las escamas anulares del abdomen, sin extremidades delanteras ni traseras; aunque pertenecen a las últimas criaturas del reino animal, representan un retroceso decidido en la escala de los seres” (Kalisch, Génesis, p. 125).

Significado de las palabras: “Polvo comerás”

Por las palabras “Polvo comerás”, tal vez no debemos entender que el polvo sea el único alimento de la serpiente, sino que al no tener órganos con los que manipular a su presa, se vería obligado a comerlo de la tierra y a tragar polvo con él. “Toda su comida tiene el sabor del polvo”, dice un comentario judío.

Y puesto que al sufrir este castigo visible la serpiente es un tipo de Satanás, con quien cooperó directamente, su condición es desesperada, y no mejorará cuando el resto de la creación sea liberada de la esclavitud de la corrupción. Incluso en los tiempos del Milenio el polvo seguirá siendo la carne de la serpiente, y entonces, tal vez, su único alimento (Is. 65:25²). La visión de su degradación, y el espectáculo más espantoso de los cadáveres en el valle de Josafat (Is. 66:24), servirá como advertencia contra el pecado durante la era milenaria.

² “El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente...” (Is. 65:25)

La enemistad entre la serpiente y la mujer

Hasta ahora la frase parece no tener más que una referencia tipológica a Satanás. Pero en las cláusulas siguientes la serpiente comienza a salir a la vista, y el gran Adversario, que había estado oculto dentro de ella, es arrastrado a juicio, y oye de la frustración de sus esperanzas, de la brevedad de su triunfo, y de su terrible e inevitable condenación. Maravillosamente llenas de significado son las pocas palabras de esta primera parte de la profecía: porque contienen el germen de todo lo que ha sido revelado desde entonces, y proporcionan una prueba notable de la consistencia de los propósitos de Dios, de Su perfecto conocimiento del fin desde el principio.

Satanás había engañado a Eva en una alianza contra el Creador; pero Dios rompería la confederación: el pacto con la Muerte debía ser anulado: el acuerdo con el Infierno no podría mantenerse. “*Pondré enemistad entre ti y la mujer*”, fueron sus todopoderosas palabras a la serpiente humillada y sin palabras. Tampoco le fue difícil a Satanás adivinar el significado de esta separación: él fue arrojado a la perdición, pero a Eva el Señor la salvaría.

Por lo tanto, de ahora en adelante, privada de su hermoso hogar, sumida en la tierra maldita y sin cultivar, y sometida al trabajo, al dolor y a una decadencia gradual que al final debería terminar en completa disolución, debería saber que su falso amigo fue la causa de toda su miseria, y así considerarlo como su enemigo más amargo.

Por otra parte, el mero hecho de que la mujer no estuviera dispuesta a seguir sirviendo a sus propósitos habría bastado para provocar la ira del ángel caído. Sin embargo, Dios le dio un incentivo mucho más agudo para el odio, cuando declaró que la simiente de la mujer engañada finalmente destruiría a su engañador.

La simiente de la serpiente

Porque la enemistad no debe limitarse a la serpiente y a la mujer, sino que debe extenderse también a su descendencia. ¿Quiénes, entonces, son la simiente de la serpiente? Son aquellos que manifiestan ese espíritu de orgullo independiente por el cual cayó su padre el Diablo: aquellos que no reconocen su propia condición desesperada ni se someten a ser salvos por los méritos del Hijo de Dios; sino que o bien ellos mismos hacen lo que hay que hacer, o bien niegan orgullosamente la necesidad de hacer algo, y claman en contra de Dios, si es que creen en Su existencia, porque Él no satisface de inmediato todos sus deseos sin ninguna referencia a Su ley quebrantada. Porque cegados y enloquecidos por el engreimiento creen en la mentira de la

serpiente, y, considerándose a sí mismos como Dios, no tienen, por consiguiente, reverencia por Él, ni vacilan en desafiar Su voluntad si su propia inclinación los incita a hacerlo. Así es la simiente de la serpiente, distinguida por el espíritu que anima a su padre y a su cabeza central, y condenada al fin a compartir con él el Lago de Fuego.

Tampoco pasó mucho hasta que esta semilla apareció en la persona de Caín, “quien”, como nos dice el apóstol, “*era del maligno y mató a su hermano*” (1 Juan 3:12). El comentario que Juan añade a esta declaración es muy significativo: “*¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas*”. En otras palabras, la enemistad predicha fue la única causa del asesinato.

Nuestro Señor, cuando estaba en la tierra, no dejó de reconocer la simiente de la serpiente en aquellos pecadores cuya contradicción soportó. “*Oh, generación de víboras*” (Mt. 12:34), clama, usando una frase que ya había salido de los labios de Su precursor, “*¿cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?*”. Con estas palabras designa claramente a los fariseos como una prole de “*la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero*” (Ap. 12:9). Una vez más exclama: “*¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?*” (Mt. 23:33). Por ser la simiente de la serpiente deben compartir el destino de la serpiente.

La referencia en ambos pasajes es obvia: pero, si pudiera haber alguna duda, sería totalmente disipada por un tercer enunciado, en el que, dejando a un lado toda figura, el Señor dice claramente: “*Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer*” (Juan 8:44).

La simiente de la mujer es el Señor Jesús, que nació de una virgen

Hasta ahora no hay dificultad; pero el significado del término “simiente de la mujer” no es tan evidente inmediatamente. No se puede hablar de todo el género humano, como demuestran las observaciones anteriores. Ni la humanidad en general sería llamada la simiente de la mujer, sino la del hombre; y Dios está aquí hablando exclusivamente de la simiente de la mujer. Porque ella pecó primero, y fue la causa del pecado para su marido y de la ruina para el mundo. Por lo tanto, tenía un doble castigo: pero para que la culpa no recayera demasiado sobre ella, para que no fuera absorbida por un dolor excesivo, fue designada por la misericordia de Dios para ser el único agente humano que trajera al Libertador al mundo.

Tampoco es difícil descubrir a ese Libertador; porque tan solo Cristo, en un sentido estrictamente literal, podría ser llamado la simiente de la mujer.

Aquí, entonces, tenemos un ejemplo maravilloso de la consistencia de la Escritura; puesto que en esta profecía primigenia, pronunciada cuatro mil años antes de su cumplimiento, encontramos que declaraba que el Señor Jesús debía nacer de una virgen. Si nuestros traductores hubieran percibido esto, podrían haber evitado un error. Porque en la conocida predicción de Isaías (Isaías 7:14), como también en la cita del primer capítulo de Mateo (Mateo 1:23), han optado por la traducción, “una virgen”, desafiando al original que dice “la virgen” en ambos pasajes. No entendieron el significado del artículo definido y, por lo tanto, cortaron el nudo de la dificultad omitiéndolo de su versión. Pero Isaías se está refiriendo evidentemente a la sentencia dictada sobre la serpiente, y habla de la virgen particular que debía ser escogida como el instrumento humano para el cumplimiento del propósito de Dios.

La enemistad prevista entre las simientes se manifiesta en el conflicto incesante entre la iglesia y el mundo

Siendo así, Cristo es la simiente literal de la mujer. Y así como todos los que niegan voluntariamente la verdad en la impiedad son la simiente de la serpiente, así también hay una simiente que sirve al Señor (Salmo 22:30), es contada a Él por una generación, y contada como una con Él. Él y Su iglesia son uno, Él es la Cabeza y ellos son el Cuerpo: Él y ellos juntos forman el Cristo místico.

Y por eso vemos la enemistad de la que Dios habló en el largo panorama de distanciamiento y amargo conflicto entre la iglesia y el mundo. Por un lado vemos la alternancia de la persecución maligna y de la adulación traidora; y por el otro lado, una paciente tolerancia y la transformación de la bendición en maldición. Sin embargo, la parte de la iglesia no está totalmente confinada al sufrimiento, sino que también es continuamente combativa. Porque los hijos de la luz primero se encuentran vagando entre los que habitan en tinieblas: las ovejas perdidas siempre se pierden en medio de los lobos, y deben ser audazmente buscadas y sacadas del peligro por aquellos que han sido rescatados de peligros similares.

La cuestión del conflicto. Los dos advenimientos

Pero no había esperanza: ¿debería la dolorosa y siempre variable lucha continuar para siempre? No, al final debería encontrar su fin: debería decidirse después de muchos años por un conflicto mortal entre la simiente de la mujer y la misma vieja serpiente. Cristo debería herir la cabeza de la

serpiente, darle un golpe mortal; sin embargo, no antes de que la serpiente hubiera herido Su calcañar; lo habría herido gravemente, pero no fatalmente, no en una parte vital.

Aquí, entonces, tenemos el germen de toda profecía respecto a los dos advenimientos de Cristo. En la herida del talón reconocemos Su primera venida para sufrir lo que parecía ser una derrota total; para encontrar que los Suyos no lo recibirían; para soportar la contradicción y los insultos de la simiente de la serpiente; para ser rechazado de Su generación; y finalmente, para dar Su vida y pasar por un corto tiempo bajo el dominio del que tiene el poder de la muerte. La herida de la cabeza de la serpiente está en las profecías posteriores, desarrolladas en la segunda venida de Cristo, con poder y gran gloria, para expulsar al falso rey del aire y de la tierra, y arrojarlo atado al abismo. Incluso va más allá de esto y de la rebelión post-Milenio hasta la destrucción final de Satanás y su consignación para siempre al Lago de Fuego y Azufre.

En lo que respecta a las palabras de Dios a la serpiente, los dos grandes acontecimientos que presagian podrían haber sido casi simultáneos. Y, de hecho, a lo largo del Antiguo Testamento los advenimientos son generalmente tratados como si no hubiera intervalo entre ellos. Los profetas israelitas los contemplaron en un futuro remoto, de la misma manera que nosotros podríamos contemplar algunos picos montañosos lejanos, distantes unos de otros, pero que desde nuestro punto de vista de partida parecen, de hecho, estar muy cerca los unos de los otros, pero que a medida que viajamos se revela una distancia cada vez mayor por el valle que hay entre ellos.

El juicio de la serpiente fue la primera salida de la misericordia de Dios al hombre caído

Tal fue la maldición pronunciada sobre la serpiente. Y aquí no podemos dejar de sorprendernos, y dar gracias por la gran misericordia concedida a los padres caídos de nuestra raza. Dios no podía, en verdad, darle a Adán una promesa directa en un momento en que el hombre estaba esperando como un criminal condenado para recibir sentencia. Por lo tanto, Su misericordia ideó el plan de pronunciar primero el juicio sobre la serpiente, y ello implicaba que los caídos no se hundieran desesperadamente en la condición de su engañador, sino que se pusieran en aguda oposición a él; hasta que, después de una dolorosa lucha, la simiente conquistadora de la mujer lo hiriera bajo sus pies, e hiciera que la muerte de la cual huyeron, pero que ahora debían sufrir, que el temible lugar de los espíritus desnudos, pasara para siempre

(Apocalipsis 20:14). Y así un brillante rayo de esperanza irrumpió en su desesperación, y fueron fortalecidos para escuchar su propia condena.

La sentencia sobre la mujer

Habiendo así dictado sentencia sobre el Tentador, el Señor se volvió a la mujer, que fue la primera en ceder a la tentación. Por el pecado general fue juzgada con su marido como siendo una con él; pero, debido a que lo había incitado a transgredir, debía soportar una maldición especial sobreañadida a la que afectaba a toda la raza humana. Esto se expresa en las palabras: *“Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces”* (Gn. 3:16); cuya fuerza se verá si observamos que Adán también fue condenado después al dolor, siendo usada la misma palabra hebrea en ambos casos.

La sentencia sobre el hombre

Por último, el Señor decreta el castigo del hombre. Adán se había excusado sobre la base de que Eva era su tentadora; y Dios comienza mostrando que este mismo hecho aumentaba la atrocidad de su culpa. Si Eva hubiera pecado por la influencia de su marido, no habría alegado defensa; porque Dios la había sujetado a él. Pero que Adán, cuyo deber como cabeza designada era vigilar, refrenar, guiar y gobernar a su esposa - que hasta el punto olvidara sus responsabilidades y siguiera su sugerencia pecaminosa, obediendo su voz en vez de la de Dios - era un serio agravante a su ofensa. Por eso, la razón de la maldición es: *“Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él”*.

La sentencia en sí misma no es directa, como en el caso de la serpiente, sino que golpea a Adán a través de su entorno. La tierra, su dominio, es maldecida; y en ese hecho vemos una refutación de todas esas teorías concernientes al mal inherente de la materia que figuran tan prominentemente en la historia primitiva de la iglesia nominal, y que ahora están siendo revividas por las sectas de los llamados Espiritualistas. El mal procedió, no de la materia al espíritu, sino del espíritu a la materia. Adán no fue maldecido a causa de la tierra, que Dios había declarado muy buena en sí misma; sino que ésta fue maldecida a causa del pecado de Adán, que también se originó en el espíritu del maligno. Como castigo por la transgresión del hombre, la tierra debía ser en adelante comparativamente estéril. Ya no debería producir una abundancia espontánea, sino que el hombre debía esforzarse para obtener sustento de ella, con mucho trabajo y

con el sudor de su frente, incluso para las necesidades más elementales de la vida.

Espinos y cardos. Parecen haber sido el resultado natural de la maldición de la esterilidad

Y esto no sería el fin del problema. Una vez que la tierra pasara a producir tanto el bien como el mal, proliferando espinos y cardos, frustraría y prolongaría el trabajo de sus cultivadores.

Estas plantas nocivas probablemente existían, aunque en condiciones muy diferentes, antes de que se pronunciara la maldición; y entonces, debido a la esterilidad de la tierra asolada, ya no fueron capaces de alcanzar su desarrollo y fertilidad adecuado, y así se convirtió en lo que ahora se descubre que son, abortos. Las siguientes observaciones del profesor Balfour lo ilustrarán:

“Al mirar el mundo vegetal desde un punto de vista científico, vemos muchas evidencias del gran plan sobre el cual el Creador omnisciente parece haber formado esa porción de Sus obras. Al mismo tiempo hay muchas marcas de lo que podríamos llamar, con reverencia, falta de completud. Así vemos que en todas las plantas hay una tendencia a una disposición en espiral de hojas y ramas, etc., pero raramente vemos que esto se lleve a cabo plenamente, como consecuencia de numerosas interrupciones en el crecimiento y anomalías en el desarrollo. Cuando las ramas se detienen en crecimiento, a menudo aparecen en forma de espinas o espinos, y por lo tanto las espinas pueden ser tomadas como una indicación de una imperfección en la rama.

La maldición que se ha pronunciado sobre la creación vegetal se puede ver así en la producción de espinas en lugar de ramas, espinas que, si bien no tienen hojas, son al mismo tiempo la causa de heridas para el hombre. Que las espinas son ramas abortivas se ve bien en los casos en que, por cultivo, desaparecen. En estos casos se transforman en ramas. La manzana silvestre es una planta espinosa, pero en el cultivo no lo es. Estos cambios son el resultado de un constante alto estado de cultivo, y pueden mostrarnos lo que podría ocurrir si la maldición fuera quitada.

Una vez más, los cardos son molestos y dañinos como consecuencia del papus³ y de los pelos adheridos a sus frutos, que los esparcen en todas direcciones, y dañan el trabajo del hombre en lo que se refiere a las operaciones agrícolas. Ahora es interesante comentar que este papus se muestra como un estado abortivo del cáliz, que no se desarrolla como en los casos ordinarios, sino que se convierte en pelos. Aquí, entonces, vemos una alteración en el cáliz que hace del cardo una fuente de trabajo y de problemas para el hombre. Podríamos concebir el cáliz desarrollado de otra manera, y así prevenir las consecuencias perjudiciales que resultan a los campos de la presencia de cardos.

Así pues, les he dicho muy apresuradamente lo que se me ocurrió en cuanto a la maldición de espinas y cardos, y me he esforzado por mostrar que las espinas y los cabellos son abortivos, y, por así decirlo, porciones imperfectas de plantas. Las partes no se desarrollan en la perfección completa como lo que pudo haber sido el caso en el Edén, y como lo que ocurrirá cuando la maldición sea quitada”.

Por lo tanto, los espinos y los cardos son objetos adecuados para recordarle al hombre la maldición. Y teniendo en cuenta su origen, podemos ver un profundo significado en esa horrible escena en la que nuestro Señor permitió que fuera coronado de espinas, de tal manera que incluso Sus enemigos lo presentaron como el gran portador de la maldición; cuando llevó en Su frente sangrante aquello que debía su propia existencia y era señal del pecado que había venido a expiar.

El hombre debe volver al polvo de donde vino

Por último, el hombre ya no debe comer de los frutos del Paraíso, sino que en adelante debe encontrar el sustento de su vida fugaz en las hierbas del campo que producen pan, hasta que él mismo descienda al polvo del cual obtuvo su alimento; porque polvo era, y al polvo debía volver. ¡Cómo se desvaneció en oscuridad la visión impía suscitada por Satanás ante estas últimas terroríficas palabras, palabras que se han hundido profundamente en el corazón del hombre, y que siempre salen a la superficie cuando se encuentra en presencia de su Dios, o cuando es abatido y sus esperanzas perecen! “*He aquí ahora*” - dice Abraham: “*que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza*” (Gn. 18:27).

³ N. del T. En botánica, se denomina vilano o papus al conjunto de pelos simples o plumosos, cerdas o escamas que rodean a las diminutas flores que corona en frutos con ovario ínfero (Wikipedia).

De ahí, sin duda, la costumbre de inclinarse ante la tierra, y el sentimiento que impulsó a echarse polvo sobre la cabeza en tiempos de amarga aflicción, como signo de orgullo roto y humilde reconocimiento de la verdad de las palabras del Creador. Así dice Jeremías del hombre que lleva el yugo en su juventud, para que *“Ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza”* (Lam. 3:29). Y con respecto a la vuelta al polvo. Job declara tristemente sus esperanzas: *“A la profundidad del Seol descenderán, Y juntamente descansarán en el polvo”* (Job 17:16). Una vez más dice de los prósperos y de los miserables: *“Igualmente yacerán ellos en el polvo, Y gusanos los cubrirán”* (Job 21:26).

Pero así como descendemos al polvo al morir, así es que del polvo resucitaremos en la resurrección. *“Tus muertos vivirán”*, es la maravillosa proclamación de Isaías, *“sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos”* (Is. 26:19). Y Daniel también nos dice que, en la primera resurrección, *“muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados”* (Dan. 12:2). Así que, entonces, incluso el polvo es un lugar de descanso y esperanza para el pueblo de Dios.

El comienzo de la noche

Así se pronunció la sentencia. Sobre la serpiente el juicio era eterno; mientras que el hombre y su esposa estaban condenados a la degradación y a la angustia, pero no para siempre. Dios entonces parece haber partido, la serpiente probablemente se escabulló, y Adán y Eva fueron dejados solos, como aquellos que acababan de despertar de un sueño de paz para encontrarse presionados y abrumados por todo tipo de miseria y temor.

Todo alrededor de ellos, más allá de los recintos del huerto, por lo menos, estaba cambiando. La Tierra se tambaleaba bajo el primer golpe de la maldición: sus flores se desvanecían, sus frutos estaban arruinados; la exuberancia de su vegetación no podía ser soportada por el suelo ahora estéril y la atmósfera viciada; las criaturas vivientes que pasaban por allí ya no hacían homenaje a su señor designado, sino que llevaban en sus ojos la mirada salvaje de una incipiente crueldad. El mismo sol - tal como podemos, tal vez, inferir de un pasaje previamente citado de Isaías (Isaías 30:26⁴) - parece haber retirado seis séptimas partes de su luz; de modo que, aunque

⁴ *“Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete días, el día que vendare Jehová la herida de su pueblo, y curare la llaga que él causó”* (Is. 30:26).

sus rayos pueden haber sido todavía tan brillantes como siempre lo son para nosotros, la pareja angustiada debe haber sentido que la sombra de la muerte había caído sobre su enfermizo mundo.

Las tinieblas, literales y espirituales, de las que habla tan a menudo la Escritura, se habían establecido en esa temible estación durante la cual los principados y las potestades del mal son los gobernantes del mundo; esa gruesa oscuridad que sólo es iluminada por unos pocos poseedores de luz colocados aquí y allá en la penumbra, cuyos espíritus han sido encendidos por el Espíritu Santo, de modo que se han convertido en lámparas del Señor; esa noche de oscuridad y horror durante la cual perdura el llanto, hasta que la alegría regrese con la mañana: aquella noche en la que Pablo aclamó a los de su tiempo con la seguridad de que ya estaba muy avanzada, siendo los cuatro mil años que ya habían transcurrido la mayor parte de ella: aquella noche en la que los siervos sabios y fieles están ahora mirando fervientemente a la espera de la aparición de su Señor como la Estrella resplandeciente de la mañana, antes de que Él se levante en toda Su gloria como el Sol de justicia, y restaure la luz y la vida a la tierra nublada y azotada por la muerte.

La fe de Adán, como se muestra en el nombre que le dio a su esposa

Desconcertados por estas nuevas sensaciones, los caídos permanecieron, tal vez, un tiempo mudos en el letargo de un profundo y abrumador dolor. Pero con el tiempo la luz de la fe comenzó a apoderarse del suave semblante de Adán: se había asido de la promesa implícita; había percibido la misericordia de Dios mezclada con Su juicio, había vislumbrado una luz más allá de las tinieblas, y sentía que aún había esperanza en su final.

Y así, retomando la función de nombrar lo que Dios le había concedido, llamó a su esposa Eva, esto es, *Vida*; porque sin duda alguna tomó francamente a Dios por Su palabra, y creyó que por la simiente prometida de la mujer él y su descendencia serían liberados de la muerte a la cual se habían hecho responsables, y así, vivir para siempre. De esta manera, si había surgido algún sentimiento de distanciamiento entre el hombre y su esposa, ahora se había eliminado; y estando nuevamente unidos en el corazón por los maravillosos caminos del gran Hacedor de la Paz, estaban mejor preparados para enfrentar los problemas que tenían ante ellos.

Las túnicas de pieles; las cuales tipificaban la justicia del Cristo ofrecido, después de Su muerte sacrificial, a los pecadores para cubrirlos

Adán había profesado una simple confianza en la promesa de Dios, aunque sólo tenía una tenue aprehensión de su significado, pero inmediatamente encontramos al Señor regresando a los dolientes, y recompensando su fe con más misericordia y más conocimiento. Les quitó las cubiertas de hojas de higuera, y los vistió con túnicas de pieles. Lo más significativo fue la acción: porque con ella testificó que su vergüenza no era infundada, que había necesidad de una cubierta, y que lo mejor que los pecadores podían hacer por sí mismos era inútil. Todavía no estaban familiarizados con la corrupción y el deterioro, y no sabían que las hojas de higuera se marchitarían y caerían rápidamente, un símbolo apropiado de cada artificio que el hombre inventa a fin de cubrir su vergüenza y adaptarse para estar en la presencia de su Hacedor. Y más allá de esto, debían aprender que la vida sólo podía ser redimida por la vida; que si el pecador no muere, debe haber un Sustituto; que el Altísimo es santidad y justicia así como amor, y de ninguna manera puede limpiar al culpable.

Ahora bien, el sacrificio como expiación debe haber sido ordenado por Dios mismo. El hombre nunca podría haber pensado en tal cosa, o haberse atrevido en su adoración a tomar la vida de una de las criaturas de Dios, a menos que se le hubiera ordenado hacerlo. Probablemente, entonces, fue en este momento apropiado que el Señor instituyó el rito como un tipo del gran sacrificio venidero. Mató a las víctimas, y mientras derramaba la sangre de su vida, Adán y Eva miraron por primera vez a la muerte con ojos angustiados. Entonces les mostró cómo poner los cadáveres sobre el altar, para que fuesen ofrenda encendida al Señor. Finalmente tomó las pieles de las bestias muertas, e hizo de ellas las túnicas con las cuales vistió a la temblorosa pareja.

Así fue predicado el Evangelio desde el principio: el Cordero de Dios inmolado desde la fundación del mundo fue revelado tan pronto como el pecado hizo necesaria Su muerte: el manto de Su justicia, que puede ser puesto por cada pecador por quien Él ha muerto, fue mostrado como la única vestidura que efectivamente cubrirá la vergüenza del hombre caído. Y, al comparar la promesa de la simiente de la mujer y la herida de Su calcañar con el sacrificio inmolado y las túnicas hechas de las pieles de las víctimas, Adán pudo haber sido capaz de discernir rápidamente el bosquejo del gran plan de salvación.

[Adán y Eva son expulsados del Jardín de las Delicias](#)

Pero ahora era necesaria tomar una precaución. El hombre había obtenido el conocimiento del bien y del mal sin el poder de resistir al mal. Por lo tanto,

ya no debía permanecer en el hermoso huerto, para que no extendiera su mano, tomara del árbol de la vida, y así hacer eterno su estado de pecado. Porque ser inmortal en su condición caída sería la mayor de todas las calamidades; continuar en pecado para siempre sería nada menos que la muerte segunda. Y fue sólo pasando por la primera muerte que el hombre pudo ser restaurado a una inocencia impecable de nuevo.

Por lo tanto, después de otra solemne consulta de la Trinidad bendita, la triste pero ya no desesperada pareja fue expulsada del jardín de la belleza y llevada al frío mundo en busca de otro hogar. Con el corazón apesadumbrado se abrieron paso entre las altísimas pirámides de verde brillante con frutos rojizos o salpicados de densa florescencia, a través del brillante laberinto de flores y verdor, hasta que pasaron la gran puerta, que inmediatamente se cerró tras ellos.

Permanecieron de pie, exiliados de su hogar, bajo un clima comparativamente helado, mirando una vegetación que para ellos debía parecer atrofiada y deformada, no esperando ya su alimento directamente de la mano generosa de Dios, sino condenados a trabajar por ella con fatigoso cuidado y esfuerzo. Tampoco había esperanza de liberación hasta que regresaran al polvo de donde vinieron, hasta que entregaran sus espíritus a Aquel que se los dio, y dejaran sus cuerpos mortales inmóviles e inanimados, así como las víctimas muertas cuyos cadáveres habían observado últimamente con temor tembloroso.

Y ahora el Huerto del Edén desaparece de la vista, y apenas se menciona de nuevo hasta que llegamos al último de los libros de la revelación. Pero en el Apocalipsis se eleva ante nosotros una vez más en toda su belleza prístina, y vemos a los hijos de Adán caminando a orillas de la corriente cristalina, y ya no excluidos del árbol de la vida. Cómo se efectuará esta feliz restauración es el tema de toda la Biblia, que trata – como lo indica el hecho significativo que se acaba de anotar - los tratos por los cuales Dios conduce a los hombres alrededor del doloroso círculo que va del Paraíso perdido al Paraíso recuperado.